

DANIEL GÓMEZ ARAGONÉS

BÁRBAROS EN HISPANIA

SUEVOS, VÁNDALOS Y ALANOS EN LA LUCHA CONTRA ROMA



Daniel Gómez Aragonés

BÁRBAROS EN HISPANIA

Suevos, vándalos y alanos en la lucha
contra Roma

«He combatido la buena batalla,
he terminado la carrera,
he conservado la fe».

2 Timoteo 4, 7

«Entretanto, las tribus de los alanos, de los suevos, de los vándalos y otras muchas, excitadas, como dije, por Estilicón dos años antes del saqueo de Roma, arrollan a los francos, pasan el Rin, invaden las Galias y, en una incursión sin rodeos, llegan hasta el Pirineo. Detenidos temporalmente por las cimas de esta cordillera se esparcen por las provincias cercanas...».

Historias, OROSIO

AGRADECIMIENTOS

Muchas veces resulta complicado resumir en unas breves líneas los agradecimientos y la dedicatoria que suelen acompañar un libro. En este caso sucede lo mismo, pues resultan difícil de expresar los sentimientos de gratitud vinculados a este trabajo, incluso, tal vez, me ha sido más sencillo analizar y desarrollar la «epopeya bárbara» que se encuentra en las siguientes páginas. No obstante, quiero y debo dar los siguientes agradecimientos: a Engel... Schönheit, Sonne, Stern... *Vielen Dank für alles*. A mis padres, Valentín y María Jesús, y a toda mi familia por su infinito apoyo. Muchas gracias también a mi estimado amigo Jesús Callejo, brújula vital en estos tiempos que corren, y a mis fratres, Julio César Pantoja y Gonzalo Rodríguez, seguimos cabalgando... Hay un refrán castellano que dice «es de bien nacidos ser agradecidos», por consiguiente, colega y editor Félix Gil, muchas gracias por tu confianza. Un agradecimiento muy especial, aunque más bien sería un profundo recuerdo, a un fiel amigo y sempiterno escudero que cruzó a la otra orilla cuando me encontraba luchando con suevos, vándalos y alanos... Zar, tu luz me acompaña.

Es imposible nombrar a todas las personas que querría, de modo que muchas gracias a los grandes profesores que me han ayudado a llegar hasta aquí, a todos aquellos que continuáis creyendo y apostando por mi trabajo tras innumerables batallas y por supuesto a ti, nuevo amigo lector, que te sumas a esta aventura bárbara...

INTRODUCCIÓN

¿Tenemos realmente claro el concepto de *bárbaro*? En el caso de *Hispania*, sí creemos que dicho término no ofrece dudas. Esa vieja joya occidental del Imperio romano, la *Diocesis Hispaniarum* que en el siglo V vivirá unos episodios que serán narrados y analizados a lo largo de este libro y que marcarán el porvenir nada más ni nada menos que de la Historia de España. ¿Qué sucede con el término *bárbaros*? ¿A qué o a quiénes nos estamos refiriendo?

La amplitud temática de miras que abarcan los estudios divulgativos más exigentes, e incluso a otros niveles, hace muy común hablar de las invasiones que asolaron Hispania a principios del siglo V refiriéndose a estas como *germánicas*. Sin embargo, el uso de este término nos haría caer en un error, dado que no todos los pueblos que penetraron los Pirineos en el año 409 eran germanos, como posteriormente el lector comprobará. Y es que no podemos quedarnos con la única explicación geográfica y simplista de «pueblos extranjeros» derivada de que su origen y hábitat primigenio se encontraban más allá de las fronteras imperiales. Esta explicación proviene del clásico *externae gentes* utilizado por el historiador romano Amiano Marcelino. La historiografía actual se encuentra sumergida en una constante revisión del concepto *bárbaro* y los trabajos de la profesora Sanz Serrano, autora de *Historia de los godos: una epopeya histórica de Escandinavia a Toledo* (editado por esta misma editorial), y de su grupo de investigación son un buen ejemplo, al igual que los destacados trabajos publicados en estos últimos años por la Universidad del País Vasco, entre otros.

Es conveniente tener presente que en el Bajo Imperio surgirá una nueva sociedad con elementos romanos y otros

propios de los pueblos bárbaros que proyectará a Europa hacia una nueva realidad sociopolítica. Así, hay que entender esta interacción de los bárbaros con el mundo romano desde un profundo sentido histórico, con ramificaciones que abarcan la arqueología, la filosofía, la literatura o la filología. Un periodo que para el caso español, que es el que nos ocupa, debe estar exento de cualquier prejuicio y visión catastrofista, como marcan algunos cronistas romanos, y alejado de postulados como los expresados, por ejemplo, en el siglo xvii por el también historiador Luis Cabrera de Córdoba:

La historia barbárica no enseña sino vicios, tiranías y muertes: en ella tuvieron el Imperio alternativamente, franceses, alemanes, turcos; y antes godos, hunos, vándalos, escitas y hez que hubo en la nueva y media historia romana. Léase para esto a Jordanes, Procopio, Agathio y otros bárbaros como estos, que escribieron en la historia bárbara de aquellos príncipes bárbaros de tan bárbara edad.

Realmente, el concepto *bárbaro* está cargado de un claro componente religioso al ser estos pueblos herejes cristianos o incluso paganos, quedando de esta manera alejados de la catolicidad del Imperio romano. Además, este término conlleva en paralelo un marcado carácter providencialista, pues fue visto en su origen como una acción vinculada al castigo divino por los pecados cometidos por Roma. Pero el espectro que abarca este término es más amplio todavía, ya que encierra a su vez la defensa del Imperio: el ser *bárbaro* está en contraposición al hombre mediterráneo. El Mediterráneo: el Mare Nostrum como fuente de civilización frente al *Barbaricum*. Y esta cuestión no es baladí, dado que el propio Amiano Marcelino consideraba que el *Barbaricum* contenía una geografía totalmente adversa a los romanos y de esa dura y complicada geografía manaba el rudo carácter bárbaro, el cual iba unido a unas actividades económicas

«bárbaras» (véase el pillaje o la rapiña) y a una vida fuera del mundo urbano, heredando así gran parte de la visión Alto Imperial, pero sin el matiz católico de los últimos tiempos del Imperio.

El concepto *bárbaro* también sufrió distintas transmuciones en la misma Tardoantigüedad y esta circunstancia obedeció, lógicamente, a la conversión al catolicismo. A nivel global y a la par cercano a nosotros, el caso godo es paradigmático porque pasaron de ser vistos en las crónicas prácticamente como crueles bárbaros, a lo que hoy en día resulta indiscutible y es que la monarquía visigoda es el germen de España. La conversión al catolicismo conllevaba que los *bárbaros* ahora eran otros y una rotunda muestra nos la ofrece en el primer cuarto del siglo VII el gran faro intelectual del Occidente europeo, san Isidoro de Sevilla, que se refiere a los godos en la Recapitulación de su *Historia Gothorum*:

Todos los pueblos de Europa temblaron ante ellos, ante ellos cedió la mole de los Alpes; hasta la propia barbarie vándala, tan famosa, huyó aterrada, no tanto por la presencia de los godos como por el temor de la misma.

Los vándalos eran los bárbaros, y no los godos, puesto que estos últimos se convirtieron por derecho propio en los legítimos sucesores del poder romano y, tras abjurar del arrianismo, en acérrimos defensores de la fe católica. En lo que nos afecta en este libro, solo los suevos escaparán de la «sombra barbárica» gracias a su conversión al catolicismo, pero, como más tarde descubriremos, hasta que no se produjo la misma, los tres pueblos: suevos, vándalos — quienes se mantuvieron en la herejía del arrianismo hasta la caída de su reino— y los paganos alanos, mantendrán su etiqueta de *bárbaros*.

Dice Hidacio en su *Chronicon*:

De esta suerte, exacerbadas en todo el orbe las cuatro plagas: el hierro, el hambre, la peste y las fieras, cúmplense las predicciones que hizo el Señor por boca de sus profetas.

Si solo nos dejamos guiar por determinadas fuentes antiguas o por prejuicios historiográficos poco críticos que todavía mantienen a los bárbaros como los únicos responsables de la caída del Imperio romano de Occidente, incurriremos en un error; además debemos tener cuidado porque este periodo de nuestra Historia quizá tenga más luces que muchas de las sombras a las cuales podríamos decir que nos han acostumbrado.

Por último, en estas pocas líneas a modo de prefacio también nos gustaría remarcar que en este relato dejaremos en un segundo plano la figura del pueblo bárbaro y germano de los visigodos [1] para centrarnos en profundidad en alanos, vándalos y suevos al formar parte estos tres pueblos del grupo de los grandes olvidados de la historia de España. Por ello haremos referencia a los godos en aquellos momentos de interacción con dichos pueblos que, evidentemente, serán muchísimos y nos centraremos en especial en los episodios político-militares que a través de la acción de los godos marcaron el devenir histórico tanto de Hispania como de dichos pueblos bárbaros. La historia de suevos, vándalos y alanos en suelo hispano quedó marcada por las actuaciones y decisiones de la monarquía goda.

[1] Consideramos conveniente que el lector tenga en cuenta que, independientemente de la división entre visigodos y ostrogodos, los dos pueblos se consideraban godos. A lo largo de este libro tendremos que hacer referencias a ambos, por esta razón usaremos de manera adecuada los términos *godos*, *visigodos* y *ostrogodos* para no generar confusión, pero partiendo siempre de la premisa señalada inicialmente.

1. EL NACIMIENTO DE UNA NUEVA ERA

Desde mediados del siglo IV el Imperio romano arrastró lo que podemos considerar una bicefalia en su administración del poder, puesto que Constantinopla poco a poco se iba preparando para coger el testigo de la maltrecha Roma, a pesar de que todavía faltaba más de un siglo para la deposición del último emperador de Occidente. El nuevo centro del Mediterráneo iba posicionándose para convertirse en una de las urbes más importantes de la Antigüedad Tardía y prácticamente de toda la larga y extensa Edad Media. Muchos autores atisban ya desde mediados del siglo IV que el futuro del Imperio no está en la vieja Roma, sino en la «nueva» Roma: Constantinopla.

Nos encontramos ante un periodo en el cual las grandes *villae* abundan por doquier en toda la zona occidental del Imperio. Los poseedores de estas villas eran grandes señores, aristócratas, senadores, sobresalientes comerciantes, en definitiva, personalidades que disponían de unas capacidades económicas elevadas y que disfrutaban de un modo de vida del más alto nivel. En la Hispania romana de este periodo encontramos magníficas muestras de estas fastuosas *villae* en casos como el de la villa de la Olmeda en Palencia, la villa de Noheda en Cuenca o la villa de Carranque en Toledo, todas ellas con espectaculares mosaicos. Por otro lado, es una época en la cual se establece una relación particular entre la Iglesia y el emperador, interviniendo este último en muchos de los asuntos eclesiásticos y en cuestiones vinculadas a la fe. Además, el emperador recibía el soporte ideológico-religioso que le proporcionaba la Iglesia. En lo que se refiere al poder, tampoco podemos dejar de lado a las distintas familias senatoriales, que desde su posi-

ción dentro de las más relevantes magistraturas del Estado intentaban condicionar las decisiones del emperador. Y para completar la descripción de la posición y administración del poder en el Imperio debemos citar a los prefectos del pretorio, cargos elegidos normalmente entre el personal de confianza del emperador, que ostentaban la autoridad máxima en las distintas prefecturas del Imperio, como, por ejemplo, la prefectura de las Galias, que incluía a Hispania dentro de su jurisdicción territorial.

Esta configuración del poder fue evolucionando a lo largo de la segunda mitad del siglo IV marcada por el desarrollo histórico de los hechos político-militares. Un punto de inflexión para la historia del Imperio romano, y que independientemente de ocurrir en el extremo de la zona oriental también tuvo un gran impacto en Occidente, fue la victoria de los visigodos en la batalla de Adrianópolis en el año 378, enfrentamiento en el cual murió el emperador oriental Valente. Este hecho propició que el hispano Teodosio se convirtiese en el nuevo emperador de la *pars Orientalis*. En la década de los ochenta del siglo IV, Teodosio firmó distintos tratados con los godos y consiguió un potente y prestigioso apoyo militar. Gracias en buena medida a estos soldados godos pudo salir victorioso del enfrentamiento contra el usurpador de origen hispanorromano Máximo Magno, quien en el año 383 se levantó contra el emperador occidental Valentiniano II, al cual fue poco a poco desplazando del poder hasta llegar a controlar toda la *pars Occidentis*, lo que propició la huida de Valentiniano II, a Oriente. Finalmente, Teodosio derrotó a Máximo y restauró en el cargo de emperador de Occidente a Valentiniano II. Dichas fuerzas godas también jugaron un papel determinante a favor de Teodosio en la victoria de este frente a otro usurpador del trono occidental, Eugenio, entre los años 392 y 394. Su gran proyección política y su destreza militar lleva-

ron a Teodosio a ser el último emperador que gobernó sobre ambas partes del Imperio hasta su muerte en el año 395. El hispano Teodosio dejó al morir el cristianismo como religión oficial y el Imperio nuevamente dividido, en este caso entre sus hijos: Honorio controlaría Occidente y Arcadio gobernó sobre Oriente.

Tras la desaparición de Teodosio, la política del Imperio Romano de Occidente pasó a estar controlada por el *magister militum* Estilicón. Este general romano de origen vándalo conocía desde muy joven los entresijos de la política imperial y, al morir Teodosio, se mostró como un claro continuador de la política del emperador hispano. Años atrás Estilicón se había casado con una sobrina de Teodosio, Serena, ambos habían criado en su casa al ahora emperador Honorio y a la también hija de Teodosio, Gala Placidia. Esta circunstancia motivó la marcada influencia de Estilicón sobre Honorio. No obstante, los intentos del vándalo por seguir la línea teodosiana se toparon con multitud de problemas ejemplificados por el enfrentamiento con la aristocracia senatorial, la actitud de destacadas figuras del ámbito eclesiástico como san Agustín y la postura del Imperio Romano de Oriente.

Más allá de las disensiones políticas internas de la *pars Occidentis* y de las tensas relaciones entre ambos imperios por disputas territoriales como ocurría con el control de la prefectura del Ilírico, el gran peligro que se había presentando en Oriente y que también amenazaba a Occidente, eran los godos de Alarico. Anteriormente señalamos que el emperador Teodosio se había beneficiado de la destreza militar de los godos para conseguir distintas victorias militares, sin embargo, la relación entre romanos y godos se fue complicando a lo largo de los últimos años del siglo IV y los primeros del V. Así, en el año 396, en plena campaña de saqueo y castigo en tierras griegas por parte de los godos de

Alarico, Estilicón decidió acudir en ayuda del emperador oriental Arcadio sin haber recibido ninguna petición de auxilio. Esta acción provocó que el Senado de Oriente, ante el temor que suscitaba Estilicón y sus posibles planes ambiciosos para ambos imperios, se posicionase en contra del vándalo e incluso convenciese al general romano y conde de África, Gildo o Gildón, para que se rebelase contra Honorio entorpeciendo así los planes de Estilicón. El *magister militum* de Occidente actuó rápido e hizo que Honorio diese órdenes para que se bloqueasen las naves comerciales del Imperio de Oriente. Seguidamente, las fuerzas de Estilicón se enfrentaron militarmente a las de Gildón consiguiendo el primero una rotunda victoria.

Seguro que para contrarrestar la posición y peso militar de Estilicón, Arcadio tomó la decisión de nombrar al godo Alarico *magister militum per Illyricum*, lo que aumentó la fuerza militar de Alarico y le convirtió en unos de los jefes militares más destacados de ambos imperios. Las voces disconformes contra Estilicón, que cada vez se hacían más fuertes en Occidente, las reticencias al refuerzo del ejército que él encabezaba y las disputas con el Imperio de Oriente —en contraposición a lo que hubiese sido el deseo del gran Teodosio— llevaron al vándalo a una coyuntura política muy complicada.

La difícil situación entre Estilicón y sus opositores no era el único problema al que tenía que hacer frente el Imperio Romano de Occidente. La presión de los pueblos bárbaros en sus fronteras seguía creciendo y el advenimiento del siglo v trajo consigo la presencia en Occidente de dos jefes godos, Alarico y Radagaiso, y de sus respectivas fuerzas militares. El miedo invadió el corazón del emperador Honorio cuando en Milán, urbe en la cual se ubicaba su sede, vieron aparecer a lo lejos las huestes de Alarico. En realidad, el visigodo no buscaba el combate, sino un lugar donde esta-

blecerse junto a su pueblo dentro de las fronteras imperiales, pero Estilicón, pese a ser favorable a la política de Teodosio de buscar la unión con los bárbaros, tuvo que enfrentarse a Alarico. Después de haber derrotado a otros pueblos bárbaros, retornó a Italia y en primer lugar alejó a Alarico de Milán para, posteriormente, en el año 402, derrotar al líder godo en la batalla de Pollentia. La victoria de Estilicón fue rotunda, mientras que la derrota supuso un duro golpe para los intereses de Alarico a causa de la pérdida del tesoro godo y de la captura de su familia. Dicho triunfo conllevó que Alarico y sus godos se retirasen de Italia y que la nueva sede del emperador se trasladase a Rávena, una ciudad más fácil de defender en caso de ataque o asedio, en detrimento de la majestuosa Milán. Por otro lado, la dura derrota había dejado un poso muy amargo en Alarico, quien dio marcha atrás y regresó a tierras italianas para ser nuevamente derrotado por Estilicón en el año 403 en Verona. El general romano-vándalo no tenía ningún interés en aplastar y masacrar a los godos de Alarico porque sabía de su destreza guerrera y buscaba poder integrarlos dentro de su ejército. Por esta razón, volvió a pactar con ellos y una vez más fueron enviados hacia el este para su asentamiento.

Los enfrentamientos entre el Imperio Romano de Occidente y Alarico habían cesado, al menos momentáneamente, pero no así con el antes citado jefe militar godo Radagaiso. El peligro bárbaro volvió a Italia en los últimos meses del año 405 cuando Radagaiso, al que se refiere Orosio como «el más cruel con mucho de todos los enemigos antiguos y presentes», penetró en la península con un grupo de, según algunos cronistas, más de 200.000 individuos, número que, independientemente de que incluyese a soldados y a sus mujeres e hijos, se nos antoja bastante exagerado. No obstante, sí estaríamos ante un número muy

importante de efectivos que ponía en jaque al Imperio de Occidente. El grupo de Radagaiso, que había avanzado desde el Danubio, tardó en encontrar oposición efectiva y mientras tanto fue aprovisionándose en el norte de Italia. El inevitable choque se produjo en Florencia cuando el jefe bárbaro atacaba la ciudad y el ejército romano acudió al combate. El ejército enviado por Estilicón tuvo que ser una fuerza destacada, ya que, como señala la profesora Jiménez Garnica: «La situación era tan apurada que Honorio publicó una ley llamando a las armas a diversos tipos de soldados para que protegieran al Imperio». Además, la tropa romana también se presentó con el apoyo de varios contingentes de auxiliares bárbaros; ambas cuestiones, la ley de Honorio y el reclutamiento de bárbaros, vendrían a justificar tanto el retraso en presentar batalla a Radagaiso como la magnitud de las fuerzas del godo. Finalmente, el triunfo fue para el ejército romano, y meses después Radagaiso fue ejecutado. Siguiendo su política integradora, Estilicón reclutó a muchos soldados godos para el ejército imperial y sabemos que unos 12.000, una vez que Estilicón murió como veremos posteriormente, se unieron más tarde a Alarico. Un número indeterminado de estos bárbaros de Radagaiso se adhirió a los vándalos y otros muchos fueron vendidos como esclavos. El número tuvo que ser desorbitado, puesto que el precio de los esclavos se vino abajo ante tanta oferta provocando la caída del mercado.

Durante las últimas semanas del año 406 la alegría inundó el Imperio Romano de Occidente por el triunfo sobre Radagaiso y se realizó la correspondiente celebración triunfal en Roma, y no en Rávena, por parte de Honorio. Aunque Rávena fuese la sede del emperador, el Senado permanecía en Roma y su prestigio de cara a celebrar triunfos militares seguía estando por encima del resto de las urbes imperiales. La alegría no duró mucho tiempo. El singular día

del 31 de diciembre, quizá sin ser realmente conscientes ni en Rávena ni en Roma de lo que ello suponía, distintos grupos de pueblos bárbaros cruzaron el Rin y entraron en el corazón del Imperio Romano de Occidente.

Antes de continuar con el desarrollo de los hechos históricos, creemos que es necesario realizar un breve apunte de cuál era la situación del ejército imperial en esta época.

Lógicamente, la situación del ejército romano, de ambas partes del Imperio, venía heredada por las reformas introducidas a finales del siglo III y primer tercio del siglo IV por los emperadores Diocleciano (284-305) y Constantino (306-337), respectivamente. Así, a mediados del siglo IV nos encontramos con dos tipos de tropas:

- Los *comitatenses*. Ellos suponían la principal fuerza del Imperio ante cualquier amenaza. Eran tropas que, desde puntos estratégicos o de interés, se encontraban preparadas para intervenir en caso de amenaza exterior o interior. Estaríamos ante auténticos ejércitos de campaña, con buena movilidad y siempre disponibles para el combate.
- Los *limitanei*. Guarniciones, tanto de infantería como de caballería, ubicadas en las fronteras imperiales, aunque su vida no se circunscribía exclusivamente al ámbito castrense. También trabajaban la tierra compaginando de esta manera sus obligaciones militares con las labores del cultivo del campo.

Ahora las legiones romanas se componían de alrededor de 1.000 hombres cada una e iban acompañadas por unidades de *auxilia*, que contaban con un menor número de soldados que las legiones, pero eran muy eficientes y aptas para diversos tipos de combates o de operaciones de dis-